

nobise, situado en el Líbano. Cuéntanse en ella cuatro Arzobispos y cuatro Obispos.

Fué erigida la iglesia griega católica ó melquita en 1274, designándole un patriarcado en Antioquía, á cuyo título fueron agregados por el Pontífice Gregorio XVI los de Alejandría y Jerusalén. Al frente de 120,000 fieles se hallan siete Arzobispos, y siete Obispos. El Patriarca habita en Damasco, pero tiene en Alejandría un Vicario Patriarcal. Durante muchos siglos, los melquitas conservaron la liturgia griega de Constantinopla; pero despues de las invasiones de los sarracenos, en atención á que el árabe es la lengua mas usada en Siria y en Egipto, han introducido en su liturgia mezclas de árabe.

La iglesia armenia fue organizada por la Santidad de Benedicto XIV en 1742. El jefe de esta iglesia lleva el título de Patriarca de Cilicia, y reside en Bzommar, en el Líbano, conservando su silla en Constantinopla. Tiene cinco Arzobispos, 13 Obispos y más de 80,000 fieles. Su jurisdicción se extiende sobre la Turquía y la Persia. No están, sin embargo, bajo el Patriarcado supradicho los armenios de Austria, de los cuales se conocen 7,000 fieles en Galitzia, ni los de Rusia donde hay 24,000.

En Egipto, la iglesia copta tiene un Vicario patriarcal desde 1895, y dos Obispos y 18,000 fieles.

La iglesia abisinia consta de 15,000 miembros y está bajo la jurisdicción de un Vicario apostólico latino.

El número total de los orientales sometidos á la Santa Sede se eleva á la cifra de 650,000 católicos. El de los orientales sometidos al Papa

y habitantes en el Occidente, es diez veces más considerable. Tales son: griegos unidos, en el Mediodia de Italia y Cilicia; los de Rumania y Austria, millon y medio; los rutheños de la Galitzia, 3 millones y medio repartidos en seis diócesis; los de la Polonia, cuyo número pasa de 400,000 almas, y los esclavos del rito latino en lengua eslava.

Tenemos, pues, en resúmen, 7 millones de fieles de Ritos orientales y sometidos al sucesor de San Pedro.

El número de cismáticos separados de la Cátedra de la Verdad, es diez veces mayor, pues se calculan en unos 89 millones.

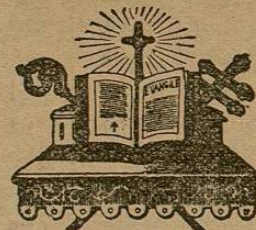
La luz del cielo cae sobre el Oriente como una bendición de Dios. ¡Ojalá muy pronto vuelvan á la luz sus ojos cuantos alejados de Roma, duermen en las tinieblas y buscan la verdad en todo su esplendor.

#### Noticias sobre S. Santidad.

En la última recepción de los restos del antiguo ejército pontificio, Leon XIII refirió que una sencilla monja carmelita ofreció á Dios su vida para que se la prolongara á S. S. y que hacía dos meses, ésta había muerto. Es pues visible que la salud de S. S. resiste merced á la acción especial de la Providencia. Leon XIII es uno de los pocos obispos nombrados por Gregorio XVI de los que sobreviven todavía; es el decano de todos los obispos del mundo, segun su nombramiento; y entre los Cardenales, dos solamente le superan en edad, Mertel y Di Carrossa. El 2 de Marzo cumplió su S. S. 88 años y el día siguiente entró al 20.º de su pontificado.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. - D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOMO. VIII.

GUADALAJARA, ABRIL 22 DE 1897.

NUM. 56.

### Seccion III - Variedades.

## SERMON

predicado por el Illmo. Sr. Obispo Dr. D. Ignacio Diaz, en la Catedral de Guadalajara, el día 23 de Marzo, en la 4.ª Congregacion pública solemne del Concilio.

*Post haec designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit eos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis, ut mittat operarios in messem suam. Luc. e. X, v. 1 et 2.*

Despues de estas cosas designó el Señor otros setenta y dos y los envió de dos en dos á toda ciudad y lugar á donde había de ir, y les decía: La mies es mucha y los operarios pocos. Rogad al Señor de la mies que envíe á ella operarios. S. Lucas cap. X, vers. I y II.

Como Dios todo lo hace en número, peso y medida, no hay una sola de las palabras de la Santa Escritura que no tenga su razón de ser. -Por

eso la tienen y muy importante estas del Santo Evangelio: *Despues de estas cosas* ¿De cuales? De las que había referido antes el Evangelista y son: Que Nuestro Señor Jesucristo había enviado una embajada á la ciudad de los samaritanos para que lo recibieran, y que esta se había excusado; que un hombre le había dicho al Señor lo seguiría á cualquiera parte á donde fuera; y que habiéndole preguntado cierto joven que debería él hacer para salvarse y para ser perfecto, no había quedado sin respuesta. Estas y otras son las cosas que había contado el Evangelista, y refiriéndose á ellas añade: *Despues de estas cosas designó el Señor otros setenta y dos y los envió de dos en dos á toda ciudad y lugar á donde había de ir, y les decía: La mies es mucha y los operarios pocos. Rogad al Señor de la mies que envíe á ella operarios.*

Con la sabiduría incomparable que la caracteriza, escogió la Santa Iglesia estas palabras que están contenidas en el Evangelio que acaba de cantarse, á fin de que las meditara el pueblo en los Concilios Provinciales. Por eso ahora que ya se han



cuando no sé si tendré que cenar, repito los misterios dolorosos y me digo á mí misma: María Feenan ¿por qué te apuras? Ten por cierto que ha de llegar el día en que todo concluya, y al fin Dios te concederá su gracia. Y cuando con valor me he sobrepuesto á mis penas, lo ménos que puedo hacer es rezar los misterios gloriosos en honor de Aquella que es nuestra madre; y de este modo paso todos los días.

III

—¡Vaya! basta ya, dijo mi marido, devolved á esa Mujer su rosario y dejadla partir.

Ninguno de nosotros tuvo interes en hablar de las cosas admirables que habíamos oído; pero yo me preguntaba si aquella era la religión que me habian enseñado á despreciar. Despnes de esto volví á ver á menudo á la vieja Maria, me regaló con la mejor voluntad su querido rosario cuando se lo pedí. En fin llegó un día en que supliqué al Padre \*\*\* que me instruyera para recibir el bautismo.

Cuando fui admitida en la iglesia católica, se lo dije á mi marido. Se irritó mucho, como nunca lo habia yo visto, pero esperé, oré, y al cabo de algunas semanas me dijo:

—Ve á tu Iglesia si es presiso; los niños y yo iremos á la nuestra.

Así pasó algún tiempo, hasta que un domingo le dije:

—Ven conmigo oh Enrique.

Consintió en ello, y antes de concluir ese año tuve la indecible dicha de ver á mis siete hijos y á su padre recibidos en el seno de la única verdadera Iglesia.

Milady cayó.

—¿Y de ese modo traéis siempre el rosario de la vieja irlandesa?—le dije despues de un momento de silencio.

—Siempre, Padre, y muchas veces en las tertulias ó las recepciones, alguna dama de las conocidas se acerca á examinar las cuentas de mi rosario y dice:

—¡Oh, Lady qué piedras tan raras! ¿Vienen de las Indias?

—No son de las Indias.

—¿Y son de mucho valor?

—¡Oh! de un valor inmenso. Para mí valen muchos millones.

Cuando he despertado la curiosidad de mi interlocutora, le cuento esta historia tal como acabo de referirla: ya veis que el rosario de la buena vieja irlandesa hace todavía el bien y prosigue su benéfico apostolado.

El libro del ECLESIASTICO

Un fragmento descubierto

De gran importancia es el reciente descubrimiento de un fragmento del original hebreo del libro sagrado del *Eclesiástico*.

Hasta ahora no se conocia mas que en griego este libro, que primitivamente fué escrito en hebreo por Jesús, hijo de Sirach, según nos enseña el prólogo del traductor griego, nieto del autor; no habiamos visto de él en hebreo mas que algunas citas en el Talmud y en los mas antiguos comentarios rabínicos; pero tales citas no pasaban de 40.

Hoy se nos presenta ya un folio original del libro del *Eclesiástico*.

(Concluirá)

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. - D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOMO. VIII.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1897.

NUM. 57.

Seccion III--Variedades.

SERMON

predicado en la Catedral de Guadalajara, por el Illmo. Sr. Obispo de Colima Dr. D. Atenógenes Silva, el día 20 de Febrero, en la 3.ª Sesión Solemne del Concilio Provincial de la misma ciudad.

*Et tibi dabo claves regni coelorum.*

*Mth. Cap. XVI. v. 19.*

A tí te daré las llaves del reino de los Cielos.

Illmos. y Rmos. Padres, Venerables Sinodales, muy amados hijos:

Así son las obras de Dios....!

¡Escuchad! El 7 de Febrero de 1878, Pio IX, el inmortal Pontífice de la Inmaculada, subió á la tumba.

El mundo católico exhaló entonces un gran gemido, cual el de

tristísimo huérfano ante el cadáver de su amado padre.... La impiedad, siempre utopista, soñó entonces, como otras veces, que había terminado la serie de los sucesores del humilde Pescador de Galilea. Y los hombres de poca fé, con el miedo del que confía principalmente en las pobres fuerzas humanas, temblaron.....

Pero mirad: á la acción del Espíritu Santo, en el cielo hermoso de las promesas divinas, entre las nubes de púrpura y de oro formadas por las oraciones y firmes esperanzas de la Iglesia y de los verdaderos creyentes, se destaca solemne y esplendoroso el nuevo Pontífice electo el vigésimo día de aquel mes.

¡León XIII es el nombre del heredero de las luchas y de las glorias de Pío, el heredero de los combates y de los triunfos del Pontificado! Y en los 19 años que han transcurrido desde exaltación tan gloriosa, la figura del Egregio Pontífice se agranda cada día. Su inteligencia vastísima como el firmamento, presenta cada vez á la mirada atónita de la humanidad nuevos y numerosos sistemas siderales de ideas magníficas y de hermosos pensamientos. Su corazón en



hecho muchas oraciones y por medio de ellas, del retiro y de la penitencia, se ha procurado atraer la gracia del Señor, os exhorto á pensarlas con aprovechamiento. Mas entrando en el espíritu de estas solemnidades, el que se habla al clero y al pueblo acerca de la Disciplina Eclesiástica, he creído conveniente poner á vuestra vista la mision del venerable clero, y defenderlo de las calumnias de sus enemigos. En la conclusion de mi discurso veréis los medios eficaces para que nunca falten dignos ministros del Altísimo, y para que estos cumplan su glorioso destino.

El asunto es grande y las fuerzas que tengo para desempeñarlo, bien lo conozco, son pequeñas. Por eso os ruego me ayudéis á pedir á la Santísima Virgen la gracia que en esta ocasion, vosotros y yo necesitamos.

Ave María.

I.

Todas las criaturas son reflejos de las perfecciones de Dios. Unas manifiestan su Poder, otras su Sabiduría, otras su bondad y solo la nada no las representa. Pero mas allá del mundo natural, hay otro, el mundo sobrenatural, donde brillan mejor. En este mundo, ¿Quién? ¿cual de las criaturas representa mejor á su Divina Magestad? Yo les pregunto á los sabios si son ellos y me dicen que no; hago la misma interrogacion á los santos y me contestan con la misma negativa, porque hay otras criaturas, los ministros de Dios para la santificacion de las almas, los sacerdotes, que lo representan en un sentido con mas excelencia. El lo

dijo: *Quien á vosotros oye á mí me oye; quien á vosotros desprecia á mí me desprecia y el que me desprecia á mí desprecia á Aquel que me envió.* (1)

Considerad, señores, el destino del Párroco, que está consagrado á dar la vida á las almas, á infundirles la gracia de Dios, á preservarlas del pecado, á perdonarselos, cuando han tenido la desgracia de cometerlo, á unirles estrechamente con Jesucristo, siendo como un Patriarca en su Parroquia. Considerad que su vida se derrama en todo un pueblo; que vive con todos, tomando parte en todas las alegrías inocentes, y sobre todo en todos los grandes pesares, y á vista de esto, inferid cuál será su destino.

No es menos importante y saludable la influencia que el sacerdote joven ejerce como coadjutor y compañero del Párroco.—¡Yo evoco, Señores, los dulces recuerdos de los primeros años del santo ministerio! Evocadlos vosotros tambien, señores sinodales, ¡Cuántas veces visteis, como yo, pueblos enteros conmovidos de arrepentimiento, de piedad, de amor de Dios!..... Pues bien, esos sacerdotes, esos Párrocos, representaban al Señor que los enviara; tenían la mision divina. *Designó el Señor á tres setenta y dos y los envió de dos en dos á toda ciudad y lugar á donde habia de entrar.*

Y no he puesto aun lo mas gran-

(1) Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit spernit eum qui misit me. S. Lucas. Cap. X v. 16.

de en que el sacerdote representa á Dios: la consagracion del Cuerpo y la Sangre del Señor, que hace en persona de Jesucristo, en el Santo Sacrificio de la Misa.—No es mucho que al ponderar la excelencia de este ministerio falte la palabra, ni que la inteligencia quede absorta, como que se relaciona con el gran Misterio de la Eucaristía, que es como la prueba que ha querido hacer Dios de la Fé de sus hijos.

Pero como Dios se complace en dejarnos hacer cuanto es posible; como detiene, en cierto modo, su accion, donde habia de impedir la nuestra; no queriendo el Señor hacerlo todo, dejó que la Iglesia atendiera á la formacion y á la santificacion de sus ministros.—La Iglesia los forma en los Seminarios, creados por sus disposiciones, para que iluminadas las almas de los jovenes por la luz de la sabiduría y santificados sus corazones por la gracia, sean la luz que brille delante de los hombres, y la sal que preserve al mundo de la corrupcion. Despues, toda la vida, todas las relaciones, todos los oficios de los clérigos están arreglados y santificados por las disposiciones de la Iglesia: el bien que han de hacer y el mal que, principalmente, han de evitar. Ciertamente que deben evitar todo lo malo; pero de una manera especial lo que tenga apariencia de bien. Esto, señores, es lo que de un modo particular procura la Iglesia con sus prohibiciones, porque supone, que de aquel mal que no se disfraza, que aparece con toda su repugnante deformidad, estaremos libres y hasta lejos, por-

que ese queda para los hombres desalmados que no temen á Dios; pero vigila con grande solicitud en que no seamos engañados, transfigurándose en ángel de luz el ángel de tinieblas.

II.

Mas viniendo á lo que es mas importante en mi discurso, paso á vindicar al venerable clero de las gratuitas acusaciones de sus enemigos. Estrañaréis, señores, que acometa la empresa de vindicarlo; pero desaparecerá toda estrañeza si recordais que no una sino muchas veces lo habeis oído impugnar.

Pongo desde luego entre sus primeros impugnadores á los que niegan la mision divina y la realidad sobrenatural de los ministros de Jesucristo. Ya están juzgados; perdieron la fé. Pero seame lícito advertir, que ellos que afirman la igualdad de todos los hombres, no solo rechazan la fé, sino la experiencia incontestable. Ni aun en el orden de la naturaleza somos iguales todos.

Aquí, señores, quiero haceros notar, la práctica de los enemigos de la verdad. Afirman el error, y no dejan de repetirlo y desprecian á los que aseguran lo contrario, y con esta táctica logran sorprender á los incautos.—Contra sus afirmaciones tenemos las palabras expresas del Santo Evangelio: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me envió á mí, así yo os envío á vosotros* (1) Y por otra

(1) S. Matt. Cap. XXVIII, v. 18 et S. Joannem Cap. XX, v. 21.



parte, si es cierto que por los efectos se pueden conocer las causas, ya que se dicen iguales á los sacerdotes, yo los desafío desde esta cátedra sagrada, para que hagan lo que hicieron S. Ignacio de Loyola ó S. Vicente de Paul.

En segundo lugar vienen los que declaman contra los vicios del clero. ¡Cuánto han mentido! ¡Cuánto han exagerado! Y sobre todo ¡cuán inconsecuentes son estos adversarios! —Afirman que son malos los eclesiásticos y pretenden que se les crea bajo su palabra, y cuando nó, incurren en atribuir los defectos individuales á la clase entera inculpable. —Convendremos en que haya habido algunos malos. . . . Pero ¿en qué clase no lo han sido los hombres? Y por otra parte, la verdad es que los malos han sido la excepcion.

Aquí, señores, aparecen los Jansenistas, especie de Fariseos de los tiempos modernos, que dispuestos á imponer sobre los hombros ajenos cargas insoportables, procuran no tocarlas ni con un dedo. Estos son los que con sus malhadadas exigencias y con sus hipócritas difamaciones, prepararon el camino a los racionalistas. —Contra ellos no es necesario decir, sino que no tienen derecho para exigir lo que es imposible, y por lo mismo, ni para condenar á nadie porque no hace lo que ninguno está obligado á practicar.

En pos de estos se presentan los que piensan que pueden sustituir al clero. —¡Cómo si pudiera ser sustituido! En el orden de la naturaleza, los descubrimientos posteriores hacen que sean olvidados los anti-

guos, por mas sorprendentes que hayan sido; pero no así en el orden sobrenatural. *No hay, está escrito, otro nombre debajo del cielo en que podamos ser salvos, sino en el nombre de Jesús.* (1) Aquí no puede haber progreso, ni descubrimientos, todo será dejándolo, volver atras.

Por otra parte, es indispensable añadir, que hasta ahora nadie ha podido reemplazar al sacerdote. Lo conocen bien los que pasan eternas horas de tristeza, los que padecen, los que agonizan fluctuando entre un mundo que se les escapa y una eternidad incontestable y pavorosa; no menos que los espectadores de esas escenas lúgubres. Ciertamente que los desgraciados que han perdido la Fé, estarán expuestos á no mirarlo allí; pero pueden tener la seguridad, de que el sacerdote que aborrece sus extravíos, entre otras cosas, porque les han hecho tanto mal; no tiene para sus personas sino piedad y amor; y de que hará cuantos esfuerzos estén á sus alcances, aunque sea preciso arriesgar la vida, para acercarse á ellos, enjugar sus lagrimas è impartirles esos consuelos espirituales, únicos que pueden consolar en las tribulaciones. ¡Ah! señores, sí, pueden estar seguros de que estaremos á su lado cuando nos necesiten.

En este lugar, asoman aquellos otros que acusan al clero de ambicion, de espíritu de dominar en las conciencias, en las familias, en la sociedad, en todo: ¡Ojalá y no fueran los que de tal modo lo combaten, los

(1) Act. Apost. IV, v. 12.

que más merecieran esta acusacion! —Pero dejando aparte eso, ni el clero, ni la Iglesia pretenden mas de lo que se les debe: y esto no es ambicion sino justicia. La Iglesia que tiene por fin procurar la felicidad eterna de los hombres, reclama con razon que todas estas cosas le estén subordinadas; pero solo en cuanto sea necesario. Por lo demas, no desconoce la verdadera independencia, no separacion, que de la Iglesia tienen los Estados.

¡Y cuan necesaria es la intervencion de la Iglesia y del clero en esas cosas que se les disputan! Baste, por vía de ejemplo, citar el matrimonio. Allí donde no interviene la Iglesia, no digo para que se contraiga sino para protegerlo; donde el clero no tiene lugar, aparecen las dos plagas que lo carcomen acabando con su unidad y su perpetuidad; el divorcio y la poligamia; unas veces bajo la forma doblemente sacrilega de derechos del hombre; y otras, por lo menos, como atentados horriblos é infames. —Ahora bien, es bastante sabido, que degradada la familia, la sociedad entera se abate.

Efectos parecidos á los que acabais de ver en los matrimonios que se sustraen á la influencia de la Iglesia, como prófugos, pueden observarse en las conciencias y en los estados que llegan á separarse de ella y, como ahora se dice, á secularizarse; pero no teniendo tiempo ya para exponerlos, me contento con haberlos indicado.

Creo, señores, haber cumplido lo que ofrecí, quedándome, solamente, señalar los medios eficaces para que

haya siempre en esta Provincia sacerdotes buenos y suficientes para llenar sus gravísimas necesidades. Y ciertamente que no me será difícil, porque ya lo habeis oído, se reducen á orar: *Rogad al Señor de la Mies, que mande á ella, operarios.* Sí, señores, se necesitan y muchos y muy buenos para todos esos niños que forman la mies del Señor; para todos esos jovenes ardorosos, capaces de todo lo bueno, que le pueden servir; para los hombres maduros y para los ancianos. Se necesitan. . . . y, señores, los habrá, porque el Santo Evangelio ha descubierto el secreto para conseguirlos: *Rogad al Señor de la Mies que envíe á ella operarios.* —Los habrá, porque vosotros no desoiréis esa enseñanza y siguiendo la inspiracion divina, los pediréis con humildad, con fervor, con perseverancia.

Réstame, pues, tan solo dirigirme á Ti Virgen Santísima, para saludarte lleno de entusiasmo y rogarte no dejes de proteger, como hasta aquí, á esta Provincia Eclesiástica que tanto te ama. —Sigue dándole sacerdotes ejemplares, que la edifiquen y defiendan: dejando á la posteridad el recuerdo salvador de sus virtudes. Así sea.

## EL PODER DEL ROSARIO.

Durante el periodo de una mision que predicó en Londres el P. Conway, antiguo misionero que cuenta 35 años de apostolado, fué invitado este sacerdote á visitar á una familia noble de la ciudad. La señora de



casa llevaba entre sus joyas un modesto rosario de encino de Irlanda; y como el misionero manifestase alguna sorpresa, le dijo la dama:

—“¿Quiere usted que le cuente la historia de este rosario?”

—“Con mucho gusto, Milady.”

Y la noble dama comenzó su relato en estos términos:

## I.

Primeramente es necesario que sepa que la familia de mi marido era de las fanáticas entre los protestantes, y que mis ideas respecto á los católicos eran, sin duda alguna, muy falsas. Me habían inculcado que la ignorancia y la idolatría eran sus principales defectos; así es que tanto mi marido como yo teníamos mucho cuidado de que ningún católico entrara á nuestro servicio ni tratase con nuestros hijos. Un día mi doncella llegó á mi casa como fuera de sí.

—¡Oh! Milady, ved lo que he encontrado.

—¿Qué cosa?

—Pues es uno de esos horribles ídolos papistas.

Y me enseñó este rosario.

—Sí, efectivamente, y ¿dónde lo habéis encontrado?

—En la reja de la entrada.

Mme. Parr, la portera, dice que es de una vieja irlandesa que viene todos los días á vender berros.

Llevé el rosario al salón donde estaba Enrique, mi marido, y la más joven de sus hermanas, Clara; y mientras nos burlábamos á nuestro placer de las supersticiones de Roma, anunciaron dos visitas. El rosario fué objeto de un minucioso examen; por fin, mi cuñada exclamó:

—¡Que nos traigan mañana á esa vieja, Letty, ha de ser muy divertida!

Con mucho gusto di mi consentimiento á la idea de Clara, y después de vacilar un poco, mi marido consintió también. Las dos visitantes fueron invitadas para que presenciara la escena con la que esperábamos divertirnos, y un criado fué el encargado de conducir á la vieja, del cuarto de la portera á nuestras habitaciones, el día siguiente en la mañana.

Muy temprano ya estábamos todos reunidos. Enrique lo tomaba á la broma, pero yo pensaba en mi interior cuán fácil me sería convertir á esa pobre ignorante.

—¡Héla ahí! exclamó de repente mi marido, y todos corrimos á la ventana, para ver á una viejecita muy aseada, que venía por la calzada principal, al lado de nuestro lacayo de elevada estatura. Parecía que discutía y protestaba acaloradamente.

—¿Queréis que entre en este hermoso salón con mis zapatos enlodados? ¡Oh, eso no! Puede venir aquí la señora y decirme todo lo que desee.

—No, no, buena mujer, entre vd., le dije, adelantándome hasta la puerta, no queremos hacerle á vd. ningún mal.

Hizo una reverencia á la antigua moda.

—¿Hacerme mal, á mí? ¿Quién querrá hacerme mal?

—Sin duda alguna, nadie; pero pase vd.

Por fin se persuadió y entró: entonces tuvimos esta conversacion.

## II

—Buena mujer, ¿ha perdido vd. algún objeto?

—En verdad, no lo sé; pero ¿qué puede perder la pobre María Feenan, señora?

—Y sin embargo vd. ha perdido alguna cosa. Ud. ha perdido á su Dios.

—¡Perdido á mi Dios! ¡Libreme de ello Dios Omnipotente! Pero ¿qué quiere vd. decir con eso?

No se enfade vd., señora Feenan vd. ha perdido un ídolo, uno de aquellos objetos que vdes., los papistas, adoran. Y le mostré el rosario:

—¡Oh! se ha encontrado vd. mi rosario.

Que Dios se lo pague á vd., señora, es todo lo que puedo decirle. Y yo se lo agradezco á vd. mucho.

—Espere vd. un momento, se lo suplico. ¿No sabe vd., buena mujer, que es un pecado adorar á los ídolos?

—¡Si yo no adoro á los ídolos! y la pobre irlandesa irguiéndose, dijo:

El P. Mahoney (¡que Dios lo tenga en su gloria!) fué quien me enseñó á recitar el rosario y quien me explicó su significado.

Me sonreí con lástima y le dije:

—Debería vd. leer su Biblia, pobre criatura, y no dejarse tiranizar ni embaucar por sus sacerdotes.

La piadosa irlandesa había olvidado su timidez, pues se echó á reír.

—Yo no sé leer absolutamente, señora; pero conozco mi religión tanto como cualquiera otro.

Y dejaba correr entre sus dedos las cuentas de su rosario.

—Sé muy bien que vd. se burla de mí, Pues bien: hé aquí lo que en-

seña el rosario, hé aquí lo que leo en él.

Y con voz alta y firme, la mirada brillante, prosiguió:

—¿Veis este crucifijo? Pues bien, cuando lo miro, pienso de qué modo murió Jesús por mí en el Calvario; pienso en todas sus llagas y sus padecimientos y digo: ¡“Dulce Jesús, libradme de ofenderos!” Y besaba con fervor la cruz de su rosario.

—Ved ahora esta cuenta gruesa y estas tres pequeñas. Me dicen que no hay más que un solo Dios verdadero y que en Dios hay tres personas. Ved también que hay seis cuentas gruesas en todo el rosario y una medalla que me recuerda un tabernáculo. Todos la escuchábamos con profundo silencio, y Clara se había aproximado á la anciana.

—Estas seis cuentas me recuerdan que hay seis mandamientos de la Iglesia, (1) además de los mandamientos de Dios y que debo guardarlos.

Y la santa Señora se puso á contarlos: luego se detuvo un momento para tomar aliento y continuó:

—El rosario se compone de quince misterios en honor de la Madre de Dios, cinco gozosos (y los enumeró), cinco dolorosos (y los nombró), cinco gloriosos, y enumerando estos últimos, su voz era más elevada. Después agregó:

—Cuando voy por el mundo buscando el modo de buscar mi vida honradamente, rezo los misterios gozosos. Cuando el día ha sido malo,

(1) Entre los ingleses los mandamientos de la S. M. Iglesia, son seis y no cinco como entre nosotros.